

Evocación de Lubicz Milosz

Aquella noche nos metamos de un momento de paz muy corazonada gracias a la devoción de Augusto D'Halmar, quien, en el Corral de la Prensa de Valparaíso, en una inabundante ciudad de Octubre, nos brindó las fuertes puras y profundas de ese vino secreto, dulce y eterno que es el verso de Oscar de Lubicz Milosz, el poeta de Lituania, país de infinitas lagunas, de ardidas linternas, de los viejos libros y de las viejas rimas.

Nadie como Lubicz Milosz en su otredad poética, que como un milagro se acerca desde hace 20 años por sobre el horizonte superior de la gran poesía europea, en especial de esa que continúa una marea espiritual rodea las fronteras abiertas que señalan a Francia.

Le decena de miembros de la Asociación de Artistas de Valparaíso, recogido aquella noche en el silencio familiar de las butacas del salón de la Prensa oyeron a Augusto D'Halmar exaltar con su voz magistral, de gran ritmo, las canciones impercederas y nostálgicas de este lirio inmenso de Lituania, sin ventura, hijo de la eternidad y exaltador profundo de todo eso que vive y muere y que los mortales llaman maravilloso.

Aquella noche no regaron en corazón indiferentes las letanías que del libro de Lubicz transmiten la voz enardecida y mística de Augusto D'Halmar.

Pero, mientras la poesía de Lubicz Milosz, de tan extensa su generancia, fue una verdadera revelación. Fue bien de inmutabilidad que se recoge en la obra del lituano se hace más generosa con el tiempo y crece siempre, transportando al iniciado en su patetismo mágico, a ese terreno que se mueve entre la tierra y el cielo, el gesto a ese paraiso que palpita entre la vida y la muerte la eternidad.

Mi único deseo al escribir estas palabras, es haber un reflejo aunque penoso—de la emoción que a todos abraza fuertemente aquella noche, mientras D'Halmar, como un apóstol galardonado al canto de Lubicz. Un canto sobre otro canto para recoger el garbón del poeta de los poetas de estos años.

Inevitables momentos para el corazón, insalvable ciega, tras oro por el mundo, piedad y dolor humano que hay en cada verso de Lubicz Milosz. Amaba en mi caso "verso elegido a una pobre justicia", como lo explicó D'Halmar, que se titula "Luz de Cielo", y que dice: "Te abrazo desde hace ya diez años sobre la tierra suspendida en el silencio. Hija del Destino y es un pobre augurio la que se me aparece siempre la primera. O, pequeño donceluado por el invierno".

También sobre este tiempo que me alejaba y perdía, me olvido las imágenes de Lubicz, "ese lejano rincón de tierra", dice de "el sueño de gracia los muertos". Y ahora, en esta habitación de, cuando viviente, me sé por qué también exclamo: "Yo no veré probablemente nunca al mar ni las torres de Lituania", allí donde los muertos están blancos de lluvia vieja y sucia y donde "el cielo del destello de la luna lejana en el corazón de los ángeles pobres de Lituania".

Qué embriaguez de todo y ante toda fuerza a estas voces tan lentas!

Es posible interpretar el regreso del lituano unido mejor que una más alarido de erupción: "Héme aquí, héme aquí, querida de otro tiempo! La tristeza de tu jardín me ha reconocido! Héme aquí, héme aquí, tan bella de otro tiempo—tan dulce que ya no me me olvido. Hé aquí mi regreso, oh mi grande amiga", "a la claridad de las

limpuras de hace mucho tiempo, pensabas sin duda en mi gran viaje".

Después salieron a otro mundo, allí donde nació, vivió y amó la "Reina Karomama", cuyo nombre olvidado canta como un coro de quercas. Ah, esa Reina Karomama, "cristina doliente de pieles demasiado largas, de manos tan débiles", "que bobia talgo rojo y con la piel blanca como los juncos", según reza el poeta.

Aún suena esa evocación en mí. Solo este último tiempo he gozado el dominio de esa legendaria Reina Karomama que cantaba "la vida humana de los pobres ruecos que se unifican a escondidas de cosas prohibidas", y que cantaba las algaras y señas con labios de repensamientos y perfumados. Llegados de muy lejos, de los ultramarinos color de siempre y de lejos... y cuyo cuerpo fue encerrado en un fardo grisáceo y suave de madera de cedro". Lubicz Milosz es el único poeta destinado a salmodiar esta sublime evocación, pues lleva el premio de su alma "vieja como el canto del mar y solitario como una estirpe en el desierto". Otras místicas, en forma de jenas y de antaño exaltando este camino tan amplio y tan estrecho que es la vida.

Y qué decir de la lectura de la "Sonata de Septiembre" y de la "Sonata inconclusa". Dice en la primera: "Que séis bien verida, soledad madre mía". Después confiesa que "la rosa vestida de tiempo, la isla lea en medio del mar, por montañas amables, y se lamenta" sobre las violetas de la lojana como los anjales.

"Allí donde habéis escrito nuestro nombre de niño sobre las ruinas", dice recordando de súbito la infancia, su infancia, la de todos. Después continúa en la "Sonata inconclusa".

762006

AUTORÍA

Winet, Genaro

FECHA DE PUBLICACIÓN

1935

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Evocación de Lubicz Milosz [artículo] Genaro Winet.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa